

Capítulo 8. Carta N° 8.



Querida amiga: No me cabía la menor duda de que me iba a dar la razón en muchas cosas; es más, me atrevo a suponer que poco a poco, si bien no en todos los detalles, al menos sí en lo principal acabará coincidiendo conmigo. Por de pronto, usted se burla todavía y sostiene la opinión de que tres cuartas partes de lo que digo es producto de mi espíritu de contradicción y que, del resto, al menos la mitad sirve al plan de salvar mi alma sádica. “Para prestarle fe a sus palabras -escribe usted- habría que abandonar la convicción de que existen vicios antinaturales, y que todo lo que estamos acostumbrados a llamar perversiones, como son la masturbación, homosexualidad, sadismo, sodomía, o como se llamen todas estas cosas, no son más que tendencias naturales y normales en el hombre, patrimonio común de nuestra alma”.

¿No hemos hablado ya una vez de la palabra “antinatural”? Para mí es la expresión típica del humano delirio de grandeza. Al hombre le gustaría sentirse dueño y señor de la Naturaleza. Se divide el mundo en dos partes: lo que al hombre le va en cada caso, eso es lo natural; a lo que le repugna, lo llama antinatural. ¿Ha visto usted alguna vez algo que esté fuera de la Naturaleza ? Pues esto es lo que significa la palabra antinatural. Yo y la Naturaleza , piensa el hombre, y no se siente cohibido en asemejarse, en esto, a Dios. No, burlona mía, no. Lo que es, es natural, por mucho que le parezca a usted ir contra la regla, oponerse a las leyes naturales. Estas leyes naturales son creaciones humanas, no lo olvide usted, y si algo no concuerda con ellas, lo que tenemos ahí es la prueba de que son falsas. Borre usted la palabra antinatural de su vocabulario; dirá, en adelante, una tontería menos.

Y ahora vayamos a lo de las perversiones. Un investigador, que me merece la más alta consideración, ha demostrado que el niño posee todas las tendencias perversas imaginables; como él dice, el niño es multiperverso. Dé usted un paso más y diga que todo hombre es multiperverso, que todo hombre encierra en sí todas y cada una de las tendencias perversas, y tendrá exactamente mi opinión. Pero en este caso ya es innecesario y poco práctico seguir utilizando el término perverso, pues ello contribuye a dar la impresión de que estas tendencias propias, inalienables y permanentes en el hombre, son algo de excepción, algo extraño y llamativo. Si lo que usted pretende es insultar, entonces utilice la palabra vicio o suciedad, o lo que tenga a mano. Mucho más hermoso sería, de todas formas, que usted tratase de vivir según el dicho: “Nada humano me es ajeno”, un ideal que, por supuesto, jamás alcanzaremos, pero que está justificado y al que uno, como médico, se siente plenamente obligado. Habremos de hablar todavía muy a menudo de esas inclinaciones que usted llama perversas y que yo supongo como dadas en todos y cada uno de los hombres, y también sobre los motivos que llevan al hombre a mentir, en estas cosas, en su perjuicio.

Al menos me ha concedido usted un triunfo muy hermoso, y estoy orgulloso de él. No hace mucho me había llamado usted impío por haber hablado del odio de la madre para con sus hijos, y hoy me cuenta usted -y no se deja de notar su satisfacción en ello- cómo la joven señora Dahlmann derrama amargas lágrimas al no tener ya lugar la primera menstruación después de la luna de miel. ¡Qué plásticamente es capaz usted de escribir! Yo estaba materialmente viendo la rabia contenida con que esa joven dama de mundo se ponía el corsé y lo apretaba con todas sus fuerzas para ahogar la vida que llevaba en sus entrañas. Es realmente una pena que una, durante todo el noviazgo, no piense más que en la alegría del momento en que entrará como esposa del presidente del brazo de este rey por un día en el salón de baile, con la mirada puesta en mañana, día en que se le describirá, de los pies a la cabeza, como la encantadora señora Dahlmann; es triste que unas simples gotas de semen todo lo destruyen y la convierten a una en una masa informe.

¿Encuentra usted grave el hecho de que el ansia de gozar y la vanidad humana sean tan grandes? ¿Que

se lleve a poner en escena un pequeño intento de asesinato por causa del mero disfrute de un baile? Excluya usted de su pensamiento esas dos poderosísimas palancas de la cultura. ¿Qué sería de usted? En muy poco tiempo sería usted presa de los piojos y las pulgas, pronto empezaría a comer la carne con las manos, comería las zanahorias tal como las saca de la tierra, no se volvería a lavar las manos, y sus dedos o su lengua cumplirían con el cometido del pañuelo. Créame usted, mi opinión de que en la inclinación a masturbarse -pues ahí radican el sentido por lo bello y la limpieza- descansa el mundo, no es tan tonta como le parece.

A mí me resulta muy comprensible la aversión de la madre por el hijo. Que en el día de hoy no es nada agradable para una mujer esperar a un niño, es una cosa que de nuevo he podido experimentar no hace mucho. Iba yo por la ciudad y, a unos veinte pasos delante de mí, una mujer de la clase media en estado de gravidez avanzada. Se le cruzaron dos escolares, dos niñas de doce a trece años, la examinaron de arriba abajo y, apenas la habían rebasado, le dice la mayor a la otra, con esa típica risa de pollita estúpida: “¿Le has visto la barriga? Va a tener un niño” Y la otra: “¡Ay!, déjate de asquerosidades, no quiero saber nada de eso”. La mujer debió oír algo de esto, pues se volvió como si fuera a decir algo, pero luego siguió adelante sin decir nada. Pocos minutos después -la calle estaba vacía- pasó un transporte de madera. El conductor guiñó a la mujer y le gritó: “Usted anda enseñando lo que tiene para demostrar que su marido aún duerme con usted”. La cosa no se le hace nada fácil a las mujeres, hay que reconocerlo. La gloria de la fecundidad, que antes la ayudaba a soportar los trabajos del embarazo, hoy ya no le vale. Al contrario, la muchacha se desarrolla temerosa de los hijos. Bien considerado, toda la educación de nuestras hijas consiste en tratar de protegerlas de dos cosas: del contagio venéreo y de los hijos ilegítimos y, a este objeto, no sabemos hacer otra cosa que representarle el amor sexual como un pecado y el parto como un peligro. Hay gente que llega a comparar las probabilidades de muerte de los partos con las de las batallas en la última guerra mundial. Esto no es, por supuesto, más que la expresión desvariada de la angustia de nuestra conciencia en una época muy difícil que, cada vez más, se enreda de manera más profunda en el complejo de culpabilidad que crea la hipocresía, una hipocresía que afecta precisamente a las regiones de la vida. Por eso nuestra época se hunde cada vez más.

El deseo de la muchacha por el niño se produce con una violencia de la que pocos se dan cuenta, y ya en una época de la vida en que no distingue entre matrimonial y prematrimonial, y las semioscuras insinuaciones de los mayores que se refieren a los hijos ilegítimos, las aplican ellas a los hijos en su generalidad, quizá no con la inteligencia, pero sí, sin duda, con lo que se encuentra por debajo de ésta. Mas éstas son cosas que se podrían remediar, que, de hecho, tratan de remediar este o aquel pueblo, esta o aquella época. Sin embargo, en la misma naturaleza de la mujer, de la persona humana, hay razones para odiar a los niños que son inmutables. En primer lugar, el niño priva a la mujer de una buena parte de su belleza, y ello no solamente durante el tiempo del embarazo; aún después quedan muchas cosas destruidas que no se pueden volver a reparar. Una cicatriz en la cara hasta puede llegar a realzar la belleza de las facciones, y yo creo que su hermana de usted en el fondo le podría haber estado agradecida por esa interesante herida junto al ojo. Pero pechos caídos y vientre marchito son considerados como feos, y sólo una cultura que va dirigida a la procreación y abundancia de hijos llegará a apreciarlo.

El niño ocasiona fatiga, preocupación, trabajo y, sobre todo, exige renuncia a muchas cosas, dignas de ser vividas. Sé muy bien que las alegrías de la maternidad pueden compensar todos esos dolores, pero el contrapeso está ahí, y en caso de que uno quiera imaginarse tales relaciones es preferible no recurrir a la alabanza, donde un platillo está abajo, con el peso, y el otro está en lo alto, sin moverse. Es mejor sopesar las cosas con las manos, continuamente, sopesar el valor de una invitación al baile, a un viaje a Roma, etc. Es un continuo balanceo, una renuncia siempre renovada que comporta sus dolores y sus heridas.

Naturalmente, siempre es posible prepararse para esta renuncia, para estos trabajos y preocupaciones, protegerse contra ellos. Hay sensaciones que las madres no conocen de una manera clara, que las perciben, pero no permiten que se desarrollen, cuyo garfio envenenado, sólo por no perder nada de la grandeza de la maternidad, se clavan ellas en sí mismas cada vez más profundamente.

Una vez la llevé yo a usted conmigo a un parto. ¿Se acuerda usted? Yo no me dedico a hacer de tocólogo, pero la situación con aquella mujer era excepcional, por lo que me pidió que fuese precisamente yo quien

le ayudase. Entonces no le conté a usted nada más sobre el caso, pero ahora lo voy a hacer. Aquella mujer estuvo conmigo, bajo tratamiento, durante todo el tiempo del embarazo. Primero tenía vómitos, luego desmayos, hemorragias, dolores, inflamación de las piernas, y todas las sorpresas que se acostumbran a dar en ese tiempo. Lo que ahora pretendo subrayar es el miedo cerval que tenía a tener un niño con un pie tullido y a morir en el parto. Como usted sabe, el niño vino al mundo completamente sano, y la mujer vive todavía; pero por mucho tiempo aún le quedó metido en la cabeza de que al niño le habría de pasar algo en el pie. La razón que ella daba era que a su hijo mayor, unas pocas semanas después del nacimiento, se le formó, de manera misteriosa, una bolsa de pus en la articulación de la rodilla de la pierna izquierda que presentó mal cariz, tuvo que ser operado y, como consecuencia, le quedó una cicatriz que estorbaba levemente la normal utilización de la articulación. Tengo que dejarle a usted a su propio arbitrio sobre si el pus tenía algo que ver con lo que le voy a contar; yo, por mi parte, creo que sí, aun cuando no puedo aducir de qué manera la madre -inconscientemente, por supuesto- provocó la enfermedad.

La mujer de quien estoy hablando fue la mayor en una familia de cinco hijos. Con los dos mayores se entendía bien; por el cuarto, que la precaria situación de sus padres había hecho que se lo encomendaran temporalmente a su cuidado, sentía ella de antemano una fuerte aversión, aversión que siempre se mantuvo y que aún hoy día perdura. Cuando estaba en camino de venir al mundo el quinto hijo cambió el carácter de la chica, que se unió más a su padre, se oponía más a su madre, maltrataba a la hermana más pequeña; en pocas palabras, se convirtió en un verdadero demonio. Un día que se le mandó cuidar de la pequeña, se apoderó de ella una verdadera rabia, lloraba y pataleaba, y al ser castigada y obligada a obedecer por la madre, se puso junto a la cuna y empezó a moverla furiosamente con los pies, de modo que la niña comenzó a llorar mientras ella no dejaba de repetir entre dientes: maldita bruja, maldita bruja. Una hora después la madre tuvo que meterse en la cama y mandar buscar a la comadrona. En esta ocasión ella pudo ver cómo la madre sangraba copiosamente. El niño nació aquella misma noche, pero la madre hubo de pasar aún muchos meses en la cama y nunca llegó a recuperarse del todo. Entonces fue cuando a la muchacha se le metió en la cabeza -y metido lo tiene aun- que fueron sus maldiciones las que ocasionaron la enfermedad de la madre y que ella es la culpable de todo. Naturalmente, éste es un episodio de los que acontecen muy a menudo, que es suficientemente importante como para juzgar los golpes del destino, la formación del carácter, las predisposiciones patológicas y el miedo a la muerte de los individuos en cuestión, pero de por sí no es suficiente como para explicar el temor de que el niño que se espera va a ser tullido de un pie. El pataleo, el malintencionado movimiento de la cuna con los pies, con la semiconsciente intención de tirar al suelo a la hermanita, ofrecen sin duda indicios, pero indicios que solos no son suficientemente poderosos. El haber de culpabilidades vino acrecentado por otro lado. En la aldea donde mi parturienta vivía, vivía también un loco de pies lisiados que, no más salir el sol, era puesto por sus padres delante de la casita en una silla, y a pesar de tener ya dieciocho años jugaba con piedras y maderos como un crío de tres. Las muletas las tenía al lado, pero no sabía utilizarlas sin ayuda y parecía que sólo las usaba para amenazar a los niños del pueblo, que no paraban de tomarle el pelo, a la vez que lanzaba unos gritos salvajes e inarticulados. La pequeña Frieda -éste es el nombre de la mujer a cuyo parto asistió usted-, que por lo demás era el ejemplar del niño bien educado, participó durante su época mala, un par de veces en las burlas de los demás, hasta que un día la madre se enteró, le dio una buena reprimenda y, entre otras cosas, le dijo: "Dios Nuestro Señor lo ve todo y te va a castigar, de modo que tú también tengas un día un niño como ése" Pocos días después aconteció lo que antes le he contado.

Ahora la relación ya está bastante clara. Al disgusto básico del embarazo de la madre se le juntan estos dos episodios más: la amenaza del castigo de Dios por burlarse de una desgracia y la enfermedad de la madre, concebida como consecuencia de la maldición: maldita bruja. Ambas cosas son para un creyente -y Frieda ha recibido una educación católica estricta- pecados graves. Estos son reprimidos y reaparecen en forma de miedo cuando el embarazo ofrece una relación externa con los acontecimientos de la infancia. A ambos sucesos les es común el hecho de que los pies jugasen algún papel, y este dato, de por sí secundario, se apodera, como suele acontecer, de la conciencia de culpa y aflora a la superficie en la forma de miedo a un nacimiento monstruoso, mientras que el concomitante miedo a morir no alcanza a emerger con tanta fuerza y, aparentemente, desaparece antes. Sólo aparentemente, pues algunos años más tarde volvió a aparecer en

forma extrañamente interesante como miedo al cáncer y, como antes, asociada con la maldición a la madre. Pero esto ya no corresponde a este lugar.

Tengo que llamarle la atención sobre un hecho del que ya hice mención, pero que probablemente escapó a su atención, para que usted comprenda por qué me he puesto a contarle esta historia, cuando de lo que se trata es del odio de la madre para con los hijos. Durante el embarazo de su madre, Frieda no sólo le cogió aversión a éste, sino que se unió con su padre de una manera tal que aún ahora, después de muchos años, no puede menos de resaltar. Esto es el complejo de Edipo, del que usted sin duda ya tendrá noticia. Pero para andar seguros voy a tratar de describirlo con dos palabras. Por complejo de Edipo se entiende la pasión del hijo por el progenitor que ostenta los caracteres del sexo contrario, es decir, del hijo por la madre y de la hija por el padre. El otro extremo es que, a la vez, el hijo desea la muerte al padre y la hija a la madre. Con este complejo de Edipo, que forma parte de ese conjunto de propiedades que constituyen inevitablemente la vida humana, nos vamos a tener que ocupar aun. Aquí de lo que se trata es de dejar bien sentado que madre e hija, siempre y sin excepción, son rivales y que, en consecuencia, como auténticas rivales se comportan y se odian. La expresión: maldita bruja tiene una base mucho más profunda que una actitud frente a un aumento en el número de hermanitos. La bruja embruja al amado, así acontece en los cuentos y así acontece también en el inconsciente. El concepto de bruja proviene del complejo de Edipo; la bruja es la madre que, por medio de hechizos, mantiene encadenado a ella al marido, que propiamente pertenece a la hija. Con otras palabras: madre y bruja son para el Ello del alma humana, creadora de mitos, una y la misma cosa.

Como usted ve aquí, sale a luz una buena parte de ese extraño odio de la hija hacia la madre, un odio que sólo de alguna manera encuentra su contrapeso en la creencia en las brujas jóvenes y hermosas, esas criaturas pelirrojas e impías que nacen del odio de la madre ya decrepita contra la hija fogosa y pasional, de reciente menstruación, es decir, pelirroja. Este odio tiene que ser en verdad fuerte, pues es capaz de dar tales frutos. En la maldición de Frieda ha encontrado expresión simbólica el tormento de algunos años de celos. La maldición es la medida de una parte de los sentimientos que abrigaba contra su madre, de los sentimientos que se potenciaron en cólera con ocasión del embarazo. Pues para llegar al embarazo tiene la madre que haber recibido caricias y cariños del padre, caricias que la hija reclamaba únicamente para sí. La madre ha conseguido al niño por hechizo e injustamente la hija ha sido defraudada.

¿Comprende ahora usted por qué le cuento la historia de Frieda? Es una historia típica. En todas las hijas se desencadenan los celos durante el embarazo de la madre; No siempre se manifiestan a voces, pero están ahí. Y se manifiesten o bien permanezcan ocultos en lo profundo, siempre, de alguna forma, se les reprime a través del mandamiento: Debes honrar a padre y madre, si no morirás. Esta represión puede ser unas veces mayor, otras menor, pero siempre tiene el mismo efecto: aparece la conciencia de culpa.

¿Qué es lo que se puede decir de esta conciencia de culpa? La conciencia de culpa reclama el castigo, y un castigo que se mueve en la misma línea de la culpa. Frieda se había burlado del lisiado, por consiguiente habría de ser castigada con un hijo lisiado. Ella había maldecido e insultado a su madre; su hijo le hará a ella lo mismo. Había odiado a su madre; el niño que ahora lleva en las entrañas hará con ella lo mismo. Trató de arrebatarse a la madre el cariño del padre; esto mismo intentará la criatura que lleva en su vientre. Ojo por ojo, diente por diente.

¿No encuentra usted natural que esta Frieda, que ve su vida y su felicidad amenazada por el hijo, no siempre lo ame? ¿Qué, al subir a la superficie, en contacto con los acontecimientos de cada día, los venenos almacenados en las profundidades de su infancia la lleven a odiar a la criatura, a esa bruja joven, floreciente, más hermosa, a quien pertenece el futuro?

La conciencia de culpa, que toda hija tiene respecto a su madre, la capacita de antemano para odiar a sus propios vástagos. Las cosas son así.

Posiblemente usted piensa otra vez que yo estoy exagerando, que de un caso particular saco consecuencias universales, como acostumbro. No, no, querida amiga; esta vez no se puede hablar de exageraciones. El fundamento más profundo de la conciencia de culpa, el que, infaliblemente, da lugar al miedo y a la aversión, ése no lo he nombrado todavía, aun cuando no hace mucho he hablado de él. Consiste en el hecho de que el niño, al nacer y por nacer, derrama la sangre de su madre. Y el que sangre derrama debe también contar

con que se derrame la suya. La mujer que se halla en estado de buena esperanza no puede menos sino temer al hijo que lleva en sus entrañas, pues él es el vengador. Y nadie es tan bueno como para amar siempre al brazo de la venganza.

Me he metido a escribirle tan largamente porque quería darle a usted una idea de lo complicado de las relaciones entre madre e hijo. Ojalá no lo haya usted entendido, pues, en caso contrario, me temo que no le he enseñado los rincones más oscuros. Poco a poco iremos, sin embargo, entendiéndonos, sea que usted lo rechace todo (y entonces al menos quedará el haber tenido correspondencia por un tiempo), sea que usted, como yo, empiece a ser prudente y llena de paciencia con todo lo que tiene que ver con el hombre, y, a la vez, convencida de que todas las cosas tienen sus dos lados.

¿Me permite usted decir todavía dos palabras más sobre las vivencias de Frieda? Le decía yo a usted que ella, como todas las muchachas, reclamaba para sí el niño de la mamá. Y ello no solamente en la situación descrita. Llegar a tener un hijo del propio padre es un deseo que, de manera misteriosa, acompaña al inconsciente de la mujer durante toda su vida. Y a este incestuoso deseo va pegada y asociada la palabra idiota. No encontrará usted a ninguna mujer que no haya sido alguna vez asaltada por la idea de que su hijo va a venir idiota al mundo o que se va a idiotizar. Pues en el cerebro del hombre moderno se halla fuertemente asentada la idea de que de las relaciones de la hija con el padre sólo puede nacer un hijo desnaturalizado. El hecho de que el tullido aquel fuese además memo ha influido en el hecho de que los sentimientos reprimidos de aquella época fuesen aún más envenenados por los sordos miedos y deseos del incesto.

Todavía falta algo para tener una visión completa del cuadro. Le he hablado anteriormente sobre el simbolismo de las partes sexuales. Ahora bien, el símbolo más claro del órgano femenino, como ya se insinúa en las palabras útero materno, es precisamente la madre. Para el Ello, a quien tanto le gusta simbolizar -y ya le dije yo a usted que no puede menos sino hacerlo-, las partes femeninas vienen simbolizadas por la progenitora, por la madre. Cuando Frieda maldice a su madre, lo que maldice es también el símbolo, es decir, sus propios órganos genitales, su ser, capaz de engendrar y parir, su feminidad y su capacidad de ser madre.

¿No tenía yo razón al decir que sobre el Ello no se puede sino balbucear? Tengo que decirlo y que repetirlo, si no va usted a acabar teniéndome por un loco. Pero aun en este caso, usted se va a encontrar con que, al menos, existe método en esta locura.

Con todo cariño, su

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck
Volver a Newsletter 24-ex-50